

El Vaticano II ante nosotros¹

Jean-Louis Brugùès

SECRETARIO DE LA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA

RESUMEN El Concilio Vaticano II ha querido situar la escucha de los otros en el centro de la Iglesia, de la sociedad, y de toda vida humana. Esta escucha se presenta en tres proposiciones: la afición por el otro, el cuidado del otro, y finalmente, la percepción de uno mismo como el otro. ¿Y quién es el prójimo? Es el que está más alejado, es el hermano separado, es cualquier hombre que habite en este mundo. Es necesario que los cristianos inventen una “nueva evangelización”, una evangelización de la cultura y para la cultura. A sociedad nueva, evangelización renovada.

PALABRAS CLAVE Concilio Vaticano II, tendencias fuertes, prójimo, nueva evangelización.

SUMMARY *The Second Vatican Council has looked for placing the listening to others in the centre of the Church, the society and all human life. This listening is presented in three propositions: the love for the fellow man, the concern for the fellow man and finally, the perception of oneself as a fellow man. And, who is the other? The one who is far away, the separate brother, any man who is in this earth... It's necessary that the Christians build a “new evangelization”, an evangelization of the culture and for the culture. To a new society, a renewed evangelization.*

KEY WORDS *“II Vatican Council, strong trends, fellow man, new evangelization.*

Se cuenta que cuando le preguntaron a Zhou Enlai, el entonces primer ministro del presidente Mao, sobre la importancia histórica de la Revolución francesa, respondió: “Aún es pronto para hablar de ello”. ¿No sería conveniente mostrar la misma prudencia cuando se trata de apreciar las repercusiones del Concilio Vaticano II? El impacto de los concilios no se deja evaluar más que con unas gafas que nos permitan ver a muy largo plazo. ¿Cuánto tiempo le hizo falta a la Iglesia para valorar la profundidad de las

1 Conferencia pronunciada en la catedral de Notre-Dame de París el domingo 28 de marzo de 2010. El original francés ha sido traducido al español por Belén Riol.

reformas buscadas por el Concilio de Trento, o incluso el alcance del concilio IV de Letrán, en 1215, que definió la fe católica contra las herejías cátaras, o el de Nicea, en los albores de nuestra teología, más completado que corregido por el Concilio de Calcedonia, y que alumbró el Credo que sigue sosteniendo nuestra fe mil setecientos años después? Lo que parecía determinante en aquellos momentos pasó a un segundo plano en apenas unos años, si bien las generaciones posteriores recogieron sus inesperados frutos.

Calarse tales gafas nos obliga, evidentemente, a dejar atrás las pasiones del momento: ¿qué quedará mañana de las disputas del presente? Esta elección nos obliga a perder un poco de vista la pertinencia de este momento único: no se trata en absoluto de negar el carácter decisivo de este acontecimiento, no sólo ya para la Iglesia sino para el mundo moderno. El general De Gaulle que era un erudito en Historia, dijo un día que consideraba el Concilio Vaticano II como el acontecimiento más importante del siglo XX. Pero este siglo ya acabó. La lista de testigos directos, e incluso de actores, se vuelve cada día más delgada y tenue; llegará el día en que se borre completamente. Lo propio de los acontecimientos es que transcurran y no serviría de nada querer mantener un cierto espíritu de concilio más allá de las generaciones, e incluso más allá de los textos. El espíritu no sobrevive al tiempo si no se encarna en escritos y en prácticas. Inevitablemente llega un día en el que, a su vez, las reformas más profundas necesitan ser reformadas. “Todo está por reformar”, suspiraba el Maestro de Santiago. El tejido de la historia de la Iglesia se encuentra así constituido por una trama densa de reformas renovadas.

Vaticano II ante nosotros: tal es el tema que se me propuso. Agradezco al Sr. cardenal Vingt-Trois el haberme permitido reencontrarme con el púlpito de Notre-Dame donde prediqué la Cuaresma durante tres años y terminar la presente serie titulada *Vaticano II, una brújula para nuestro tiempo*. Una brújula orienta nuestros pasos. ¿Y cuál es el futuro que ha dibujado el Concilio para nuestra Iglesia, e incluso también, en cierta manera, para nuestra sociedad?

Con frecuencia me quedo extasiado ante un lienzo. Con sus grandes planos grises, ocre y beige, el cuadro se propone hacernos entrar en sintonía. Arriba a la izquierda, de pie y como apoyados en una línea musical, con las manos ocultas en las amplias mangas de una sencilla túnica clara, cuatro personajes se ponen a hablar. Sin embargo, no vemos ni sus ojos ni sus bocas. Forman un coro, un cuarteto; cada uno de sus rostros, sumamente estiliza-

dos, mira hacia una dirección diferente, tal vez hacia un punto cardinal. A la derecha, otro personaje aparece sentado sobre una segunda línea musical situada debajo de la primera; sus vestiduras, más oscuras, sugieren que juega un papel central en la composición imaginada por el pintor. No levanta los ojos, no mira hacia ninguna parte, sólo orienta su cráneo hacia los que están por encima de él. Este personaje no escucha con sus sentidos – su rostro liso no comporta ningún órgano-, sino que escucha en lo más profundo de su ser. En esta composición hay una suerte de reminiscencia de la filosofía de Emmanuel Lévinas, que nos recordaba que el otro siempre está por encima de nosotros y que venimos al mundo en deuda, a los pies de este abismo. El pintor de este cuadro, Tong, procedente de China y establecido en Francia, tituló su obra simplemente como *La escucha de los otros*. Así, pues, escuchar equivale a abrirle la puerta al otro y permitirle instalarse en nosotros para llevar a cabo una aventura en común. Escuchar es una de las palabras más utilizadas en la Biblia: “Escucha, Israel...” (Dt. 6,4); así comenzaba el Señor su discurso en la primera Alianza cada vez que se dirigía a su pueblo.

Me ha parecido que este cuadro también nos hablaba de nuestro último Concilio. Mejor aún, proporciona una especie de clave de interpretación: Vaticano II ha querido situar la escucha de los otros en el centro de la Iglesia, de la sociedad, y finalmente de toda vida humana. Esta escucha se presenta en tres proposiciones: la afición por el otro, el cuidado del otro, y finalmente, la percepción de uno mismo como el otro. Cada una de ellas debería permitirnos descubrir unas “tendencias fuertes”, para hablar como los economistas, que irrigarán sin duda nuestro futuro.

LA AFICIÓN POR EL OTRO

Los otros. Pero ¿quiénes son esos otros? El otro es en primer lugar el Otro, con mayúsculas, como diría Lévinas, “Cualquier otro”, Dios. Si el 8 de diciembre de 1965, durante la clausura solemne, hubiéramos preguntado a los padres del Concilio qué textos tendrían más repercusión histórica, no es seguro que la mayoría hubiera contestado: *Dei Verbum*. Cuarenta años más tarde, esta constitución se ha convertido en un pasaje obligado, en la obertura en la que parecen sugerirse los grandes temas desarrollados por la ópera en su

totalidad, proporcionando al Concilio su tonalidad dominante. La escucha religiosa de la Palabra de Dios, así comienza, despierta la afición por el otro, comenzando por el amor a Dios, para seguir con el amor al prójimo hecho a imagen de Dios, y finalmente el amor por toda la obra divina, por toda la creación.

Dios habla; ¿cómo escucharle? ¿Cómo interpretar las Escrituras? El Sínodo de los Obispos de 2008, consagrado a *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*, ha ahondado en una distinción metodológica esencial que ya había tenido en cuenta la Constitución conciliar (nº 12). Dios habla al nivel del hombre. Es, pues, lógico que el hombre utilice todos los recursos de su inteligencia científica, dentro de la exégesis académica, para entender los textos. Como se trata de una palabra divina, conviene utilizar lo que podríamos llamar la exégesis canónica, apoyándose en la tradición viva de toda la Iglesia. La fe es lo primero y lo último; por lo tanto se espera de ella que guíe el ejercicio de discernimiento. No, la Biblia no es un libro del pasado. Cuarenta años después del Concilio, cuando se ha reforzado el individualismo de las interpretaciones, tenemos que volver a decir: sí, Dios interviene en la historia de los hombres. No, los episodios relatados no se reducen a una simple construcción literaria o teológica. Sí, los hechos relatados son hechos auténticos a través de los cuales el Dios creador despliega su bello proyecto de amor para salvar a todos los hombres. Sí, el Verbo se ha encarnado verdaderamente; no es un mito. Sí, Cristo ha compartido nuestra condición humana; no es una bonita historia escrita para los niños o para las almas sencillas en busca de fantasía. Sí, Cristo ha resucitado y su cuerpo no ha quedado en la tumba.

Seríamos muchos aquí en testimoniar este verdadero entusiasmo que se viene manifestando desde hace cuarenta años. Libros, revistas, colecciones, sesiones, formación, etc., sirviéndose de los medios más modernos; el Pueblo de Dios se ha apasionado por las Escrituras. Han florecido grupos bíblicos en todas partes, incluso en las parroquias más desfavorecidas. El Concilio nos recordaba que las Escrituras son el alma de la teología; desde entonces se han vuelto familiares a un número considerable de bautizados. Esta primera tendencia duradera se ha visto favorecida gracias a la reforma litúrgica que ha proporcionado una selección más amplia de textos bíblicos para la misa.

Con frecuencia el éxito engendra excesos. Así sucedió que el desarrollo exagerado de la liturgia de la Palabra condenaba a la liturgia propiamente

eucarística a convertirse en una especie de apéndice. Por esta razón, en el breve espacio de cuatro años, la Iglesia católica se dotó de un corpus impresionante relativo a la Eucaristía. El 17 de abril de 2003, el Papa Juan Pablo II firmó la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, que trataba sobre la relación de la Eucaristía con la Iglesia. Un poco más tarde inauguraba un año consagrado a la Eucaristía (de octubre de 2004 a octubre de 2005) con la carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, del 7 de octubre de 2004. Por último, después del Sínodo consagrado a este mismo tema, Benedicto XVI hizo pública, el 13 de marzo de 2007, su exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis*. En la historia de la Iglesia hay pocos ejemplos de corpus elaborados de una manera tan consistente y en tan poco tiempo. Esta insistencia debe ser entendida como la manifestación de una voluntad de fidelidad al Concilio que había tratado tan ampliamente el tema de la Eucaristía en su Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, y en su Constitución sobre la liturgia, *Sacrosanctum concilium*.

Todo lo que se ha dicho hasta ahora parecerá apoyar una opinión que se ha vuelto común: Vaticano II ha sido un concilio esencialmente cristocéntrico. Podríamos decir que el Concilio intentó asimismo reaccionar ante un excesivo cristocentrismo en la Iglesia latina, a fin de recuperar algo de la riqueza pneumática tradicional. Es cierto que no existe ningún texto conciliar dedicado a la tercera persona de la Trinidad, pero se ha preparado el terreno que nos mostrará el camino a seguir en un futuro. Después de todo, Cristo no puede ser alcanzado en su ser mismo de realidad significada sino en el Espíritu. Es en el Espíritu, y únicamente en él, como la asamblea cristiana se recibe y se reconoce como sacramento de Cristo (cf. Rm 8, 1 s.). Él es también quien inspira a los hombres en su camino hacia el Reino del Padre, quien ayuda a los bautizados a interpretar los signos de los tiempos (GS 4), quien “conduce el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra” (GS 26). La brújula de la cual trata esta serie de conferencias, finalmente es él. Tal y como deseaba Pablo VI: “A la cristología, y especialmente a la eclesiología del Concilio, debe suceder un estudio nuevo y un culto nuevo sobre el Espíritu Santo justamente como complemento que no debe faltar a la enseñanza del Concilio” (audiencia general del 6 de junio de 1973).

Queda un largo camino por recorrer. Un día fui a visitar a un sacerdote mayor y muy enfermo. Con la simplicidad de quienes afrontan el momento de la verdad, me habló de su vida y de su fe. Me dijo: “Siempre con-

fié ciegamente en Cristo; estoy en contacto constante con él. Por eso la misa diaria representa el corazón de mi espiritualidad. Siguiendo a Cristo, no podemos dejar de dirigir nuestra mirada al Padre. Y con frecuencia mis oraciones comienzan por esta evocación: Padre. Pero ¿y el Espíritu? Me pregunto si realmente alguna vez recé al Espíritu Santo. Para mí, el Espíritu es el Gran Discreto y me temo que ha sido el Gran Ausente”. Desde hace tiempo me pregunto si el Espíritu Santo no será, en efecto, el Gran Discreto en la vida de nuestra Iglesia latina.

¿Cómo fomentar el amor por el Espíritu Santo? En mi opinión se trata de la segunda tendencia importante lanzada por nuestro Concilio. Juan Pablo II intentó colmar ese vacío con la magnífica encíclica *Dominum et vivificantem* publicada en 1986, si bien parece que ha caído en una especie de espesa indiferencia. Por consiguiente, desde ese momento, le correspondía al Espíritu Santo manifestarse a su manera, siempre inesperada; así fue que, desde el decenio siguiente al Concilio, el Espíritu suscitó una proliferación de movimientos y comunidades donde, en la comunión más estrecha, y llegando incluso a veces hasta compartir sus vidas, sacerdotes, religiosos y laicos se propusieron testimoniar los carismas recibidos y recobrar, bajo el impulso del Espíritu, el modelo de las primeras comunidades cristianas. Se habló, así, de una nueva primavera para la Iglesia.

EL CUIDADO DEL OTRO

Desde Vaticano II, el reciente magisterio de la Iglesia ha insistido en la acción universal del Espíritu en el mundo: como venimos de esbozar, el amor por el Espíritu Santo conduce, naturalmente, a la preocupación por el otro. ¿Quién es el otro? El otro es, en primer lugar, el que está más alejado y al que se trata de acercar y amar. En las relaciones del cristianismo con las religiones que no se refieren a Cristo, el Concilio ha provocado una especie de revolución copernicana. Dos documentos promulgados en 1965 ilustran este momento crucial: la declaración *Nostra aetate* que trata sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, y que con el tiempo se ha convertido en uno de los textos decisivos del Concilio, y la declaración *Dignitatis humanae*, que aborda la libertad religiosa. El Concilio se ha referido a dos no-

ciones en realidad muy tradicionales: la de las “semillas del Verbo” (decreto *Ad gentes*, 11) que inspira la acción de los hombres de buena voluntad por encima de la diversidad de confesiones, y la del respeto de las conciencias que no deberían verse forzadas por coacciones externas, a adherirse a una fe cualquiera que sea. Se pronuncian estas palabras que trazan nuestro futuro: “La Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y de santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir...”. El Concilio invita a una fraternidad universal. Varios acontecimientos de gran alcance comenzaron a construir esta fraternidad: pienso en el famoso encuentro del 27 de octubre de 1986 en Asís, seguido de otros similares. Desde las declaraciones de Pablo VI hasta el viaje de Benedicto XVI a Tierra Santa, hace dos años, la enseñanza magisterial defiende con una continuidad notable un diálogo respetuoso y sincero entre los fieles de las distintas religiones.

Esta preocupación por el que está más alejado, en la que se descubre una tercera tendencia fuerte, es la que enriquece los conocimientos mutuos y purifica, en uno u otro punto, la comprensión que los fieles tenían de sus propias creencias. No deja, sin embargo, de someter la teología cristiana a preguntas temibles: ¿cuál es el lugar de Cristo en la acción salvífica de las religiones no cristianas? ¿El hecho de que no conozcan a Cristo excluye cualquier participación en la acción del Verbo de Dios diseminado entre las naciones? ¿Podría haber elegido Dios a otros mediadores en lugar de Jesucristo, como lo afirma hoy en día la corriente que se dice pluralista? A este respecto, la Congregación para la Doctrina de la Fe presentó, en el año 2000, la declaración *Dominus Iesus* en la cual se recordaba “la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia”.

Las sociedades caracterizadas por el pluralismo religioso, como la francesa, ya no podrán evitar el diálogo inter-religioso, que se ha convertido en un factor esencial para la paz social. Refiriéndose a este diálogo, los poderes públicos ¿acaso han valorado que han emprendido, muy a su pesar, una vía de revisión de las prácticas hasta aquí habituales de la laicidad? Han decidido, de hecho, hacer de las religiones verdaderos interlocutores sociales, lo que llamamos desde hace poco la “laicidad positiva”; ya no es posible relegar las religiones a la parcela estrecha de las convicciones personales. Las comunidades confesionales han adquirido, de esta manera, el derecho a expresarse como tales en la plaza pública.

El otro también es el hermano separado. La preocupación por el otro apunta a reconciliar prácticas y convicciones, a superar progresivamente las barreras alzadas por la Historia y el pecado. Vaticano II afirmaba en su decreto *Unitatis redintegratio*, votado en 1964, que el restablecimiento de la unidad entre todos los cristianos era una de sus principales preocupaciones. La Iglesia había sido fundada por Cristo como una y única; las divisiones entre los cristianos constituían pues un rechazo a la voluntad del Señor y un escándalo para el mundo. Cuatro décadas de diálogo ecuménico han derribado numerosos prejuicios; se han tendido puentes entre puntos de vista antaño irreconciliables. De ello ha resultado una mejor comprensión de las relaciones entre la Escritura y la Tradición, de la naturaleza de la Iglesia y de los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía.

Se ha adoptado un número impresionante de documentos. Pienso en particular en la *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación* de 1999, que permitió a católicos y luteranos superar conflictos de importancia crucial que se remontaban al siglo XVI. Esta voluntad de comunión se ha convertido en el *leitmotiv* del Magisterio desde hace cuarenta años. La encíclica de Juan Pablo II, *Ut unum sint*, publicada en 1995, recordaba que el Concilio veía en el movimiento ecuménico una obra del Espíritu Santo que suscitaba en los corazones de todos los fieles un ardiente deseo de unidad. Esta cuarta tendencia parece marcar el paso hoy en día: el entusiasmo de los comienzos ha dado paso a acciones más sobrias y más medidas. Algunos incluso han llegado a hablar de crisis; pero tal y como lo explicaba el cardenal W. Kasper: “Una situación de crisis es aquella en la que las formas antiguas concluyen, pero se abre espacio a las nuevas posibilidades”. La inter-comunión en la verdad no puede esperar; han surgido nuevos obstáculos, como la ordenación de mujeres en la religión Anglicana. El ecumenismo sigue y seguirá siendo una ardiente llamada a la conversión de los corazones.

El otro, además, es cualquiera que aparezca, cualquier hombre que habite en este mundo. La preocupación por el otro conduce, entonces, a la preocupación por el mundo. Un concilio nunca tendrá la fuerza de un Josué; no puede detener la Historia. Ahora resulta trivial reconocer que en el curso de los últimos cuarenta años la aceleración de la Historia ha sido única. El Concilio apenas adivinó el surgimiento de la globalización de las economías y de las culturas; no pudo prever la desaparición de las ideologías, ni la caída del muro de Berlín, ni la aparición de tesis que evocan un conflicto de civili-

zaciones, ni los prodigiosos avances de la biología aplicada al cuerpo humano, ni siquiera las inquietudes cada día más acentuadas por la salud de nuestro planeta. Todavía hablaba de ateísmo cuando el mayor desafío lanzado a las religiones será, el día de mañana, el de la indiferencia y la pérdida de interés por las cosas que tienen sentido. Como escribía Lévinas: “El ateísmo moderno no es la negación de Dios, sino la indiferencia absoluta de “Tristes trópicos”. Creo que es el libro más ateo que se ha escrito en nuestros días, el más desorientado y el más desorientador”. Sin embargo, podemos afirmar que Vaticano II ha inculcado en los cristianos lo que yo llamaría un principio de bondad para con el mundo tal como es, en el que podemos descubrir una quinta tendencia de largo alcance. Es en este mundo, tan concreto, tan carnal, a veces tan oscuro, y no en ese mundo idealizado de las utopías en el que, como decía *Gaudium et spes*, el Espíritu sigue escribiendo la bella historia de la salvación. Dios ama a este mundo; ¿cómo no nos vamos a sentir solícitos para con él?

Desde entonces se ha mantenido esta solicitud. Apoyándose en la constitución conciliar, los cristianos han desplegado una ética de los derechos humanos que ha proporcionado a este mundo como un nuevo peso de gracia. La conciencia de las naciones ha recibido la simiente. El comunismo soviético ha devuelto un alma que nunca tuvo; las dictaduras han cedido ante la presión de los pueblos. Pienso en particular en América latina, donde la Iglesia se ha encontrado entre las fuerzas de la renovación social. Hoy en día se presenta el riesgo de hacer de estos derechos una retórica convenida y un poco hueca, mientras que el más fundamental de ellos, el derecho a la vida, tal y como lo recordaba la encíclica *Evangelium vitae* de 1995, se le niega cada día a millares de seres humanos inocentes en la aurora de su existencia. Esta solicitud para con el mundo moderno finalmente impone a la Iglesia una revisión a fondo de su misión y su modo de presencia. La secularización ha moldeado sociedades como no se habían conocido en el pasado: es necesario, pues, que los cristianos inventen – y la palabra no es muy fuerte- una “nueva evangelización”, una evangelización de la cultura y para la cultura. A sociedad nueva, evangelización renovada. Me parece que, desgraciadamente, las fuerzas vivas de nuestra Iglesia todavía no han tomado conciencia de esta ardue obligación.

El propósito de Benedicto XVI es aún más audaz. Recordemos que la modernidad se construyó sobre un acto de fe en la razón humana. Ahora bien,

desde Auschwitz esta razón conoce un eclipse, según la expresión exacta de la Escuela de Frankfurt, que hunde a la modernidad en la amargura de las dudas y las tentaciones del nihilismo. Para salvarla de su propio desencanto, es necesario devolver la confianza en la simple razón humana, en su capacidad de alcanzar un orden de verdad. Esta gigantesca tarea de cambio, ya esbozada en la encíclica *Fides et ratio*, de 1998, es la que el pontificado actual ha elegido como línea directriz de su misión.

UNO MISMO COMO EL OTRO

Jesús, al hombre que le preguntaba qué tenía que hacer para ser feliz, le recomienda amar a Dios con todas sus fuerzas y al prójimo como a sí mismo. El Concilio no ha actuado de manera diferente, cuando habla del amor al prójimo, a Dios, y de la preocupación por los demás. Amar al prójimo como a uno mismo, acogerse a sí mismo como a otro, para retomar una imagen de Paul Ricoeur: así pues, queda evocar esta última clase de amor, el amor primordial de los bautizados por su Iglesia. De hecho, si no amamos a la Iglesia, ¿por qué nos fiaríamos de ella? ¿Por qué creeríamos en los dogmas que define y por qué seguiríamos la moral que nos enseña? Si no amamos a la Iglesia, ¿de dónde sacaremos la valentía y el orgullo de llamarnos cristianos en estas sociedades que ya no recuerdan los orígenes cristianos de su cultura? Amar a la Iglesia como a una madre, tal y como lo expresaba Juan XXIII en una célebre encíclica, él, que iba a convocar un Concilio para que la Iglesia tomara conciencia de su misión de ser luz, luz para los suyos y luz para el mundo, *Lumen Gentium*.

Sólo amamos lo que comprendemos. En la constitución que lleva este nombre y que yo trato aquí, en una última etapa, Vaticano II insiste en que nuestra comprensión de la Iglesia se vuelva más profunda y, si se me permite decirlo, más “afectiva”. Mientras que durante mucho tiempo se había puesto el acento sobre el aspecto visible y jerárquico de la sociedad de la Iglesia, el Concilio parte del misterio de la Iglesia que sólo la fe puede captar. Y es en este misterio donde la Iglesia acoge la comunión que une a las personas trinitarias y se esfuerza por transmitírsela por cada uno de sus miembros, antes de que resplandezca en el mundo. A cada uno de los miembros del pue-

blo nuevo, el Pueblo de Dios que camina con los hombres, se le invita a recibir esta comunión divina y a vivirla, ya que todos, absolutamente todos, están llamados a la santidad misma.

Esta insistencia sobre la unidad de la santidad ha renovado, en parte, el rostro de nuestra Iglesia: nunca en su larga historia de dos milenios se había valorado al laicado hasta este punto. Vaticano II ya había recordado la responsabilidad de los laicos en la construcción de la Ciudad. Desde entonces, la Iglesia ha luchado incansablemente para que los cristianos se comprometan en las grandes causas y en los debates decisivos de nuestro tiempo; ni la preocupación por la justicia ni el apoyo a los más débiles son materias optativas. La Iglesia explica a quienes gobiernan que la fe cristiana, cuando apelan a ella, debe iluminar sus decisiones políticas y no solamente su vida privada. A tiempo y a destiempo afirma que nada podría reemplazar a la familia, no en razón de no sé qué mentalidad retrógrada, sino porque ella sabe, por un conocimiento de varios milenios, que la salud de una sociedad despierta en la cuna de una comunión de personas, tal y como decía Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Familiaris consortio* de 1981. En definitiva, la Iglesia ha enviado a los laicos a la vanguardia de la misión. La llamada del decreto *Ad Gentes* ha sido relanzada por dos documentos importantes, como son, la exhortación apostólica de Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, de 1975, y la encíclica *Redemptoris misio* de Juan Pablo II, publicada en 1990, en la cual leemos: “Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos. Veo el amanecer de una nueva época misionera, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos, si todos los cristianos (...) responden con generosidad y santidad a las llamadas y desafíos de nuestro tiempo”. Este inmenso esfuerzo, todavía tan nuevo a los ojos de la historia de la Iglesia, exige que se ponga a disposición de los laicos una formación adaptada. Se han creado institutos y carreras para laicos; en todas partes, las diócesis se han esforzado por aceptar el desafío de un laicado competente para un mundo que estima tanto la competencia.

En ciertos iconos se muestra a la Iglesia con la forma de un edificio cuyo extremo de la cúpula penetra hasta la Trinidad. La imagen invita a sentir que la comunión entre las personas divinas debe descender e impregnar a la Iglesia entera, llamada a convertir sus prácticas y hasta sus estructuras. Traduzco: las diversas administraciones de la Iglesia, desde la curia romana hasta la or-

ganización parroquial, deben someterse siempre a esta naturaleza misteriosa, a este primado de la comunión. El sueño patrístico de un gobierno de obispos en comunión, ¿acaso ha venido a la mente de algún Padre conciliar? En todo caso, es seguro que la exigencia de comunión ha tomado el nombre particular de colegialidad, en lo que desvelamos una última tendencia que impulsa a los obispos a reunirse, a intercambiar puntos de vista y a adoptar juntos las decisiones necesarias para la misión de las Iglesias locales. Se encuentran, desde entonces, en conferencias provinciales, nacionales e incluso continentales. Sobre todo, participan regularmente en lo que sigue siendo uno de los logros del Concilio: el Sínodo de los Obispos, bajo la autoridad de Pedro, encargado de la comunión en el seno de la Iglesia universal, se esfuerza en implantar en la Iglesia y en el mundo lo que hemos llamado, inspirados por nuestro lienzo del principio, la cultura de la escucha del otro. El método ha mejorado a lo largo de los años, pero vemos ya que el diálogo constante, las deliberaciones y las propuestas realizadas al Papa, tienden a garantizar un nuevo equilibrio entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares. El catolicismo toma así conciencia de su extraordinaria diversidad a través del mundo.

CONCLUSIÓN: EL CONCILIO Y NUESTRO FUTURO

Las tendencias que hemos creído desvelar – en total siete, una cifra perfecta – ¿bastan para trazar las grandes rutas del mañana? La Historia a veces no tiene en cuenta los “futuribles”: alterna fracasos y esperanzas imprevistas, páginas luminosas y páginas más sombrías. El 2 de abril de 2005 desaparecía el Papa Juan Pablo II. Su mayor obra sería, seguramente, el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Este catecismo se proponía poner las grandes intuiciones del Concilio al alcance de todos. Se le podría llamar también el *Catecismo de Vaticano II*. La obra reformadora del Concilio de Trento no consiguió tocar ni transformar las mentalidades católicas sino a través de su catecismo, que permaneció vigente durante más de tres siglos. Sucederá lo mismo con Vaticano II... ¡si su catecismo se acaba leyendo! ¿Quién lo conoce en realidad? ¿Quién habla de él? ¿Quién lo trabaja? ¿Qué recorrido catequético se inspira en él? En Francia, al menos, este sumario de la fe permanece suntuosamente ignorado. En el mejor de los casos, consentimos en mencionarlo como una refe-

rencia más, cuando debería ser el referente de todas las demás... ¿Será éste el gran fracaso de Juan Pablo II? Entonces este fracaso sería también el del Concilio.

Seis días después, el 8 de abril, en la Plaza de San Pedro, el mundo entero se congregó. Nunca antes en la historia, en ninguna reunión internacional, ni siquiera en la O.N.U., se había visto agrupado, en el mismo momento, tal areópago de Jefes de estado o de gobierno, todos embargados por la misma emoción. Venían a aclamar la memoria del Pontífice que había marcado su tiempo; pero también era una misa en la que participaban. Por un instante, un momento fugaz, la Eucaristía se celebraba en el mundo. Se estaba manteniendo una cumbre de la caridad... Y cuando vi con mis propios ojos, en el momento de dar la paz, al Presidente sirio darle la mano al Presidente israelí quien a su vez le daba una palmadita amistosa en el hombro, me dije que, al fin, algo del espíritu del Concilio, el “Concilio de la escucha de los otros”, había acabado por penetrar en la tierra de los hombres.